

El nacimiento de una región. La colonia del Perené y su impacto sobre la región de selva central

Frederica Barclay*

"Dicen los abuelos, que desde esa época los cerros de Chanchamayo se ven tristes" (Palabras Amuesha)

"No sé de qué tiempo, de la Guerra con Chile parece, teníamos una deuda, dos millones debíamos, no pagábamos. ¡Qué sería que no podíamos pagar, cómo no íbamos a poder pagar! Pero los gobiernos ese tiempo no hacían caso del pobre y recibían el dinero y lo ponían en otras cuentas en Europa, particular.

Entonces fletaron un botecito para ir a hablar con la reina de Inglaterra que preguntó '¿con qué me van a pagar?' El encargado dijo 'no tenemos así plata, más bien te puedes escoger'. Nueve cosas les dieron, también con el ferrocarril y el lago del Titicaca. Y cada año una mensualidad que así me parece que lo mandaban a otras partes. Los ingleses les regalaron entre ellos las minas a los norteamericanos, no ve que también hablan inglés. La reina miró el mapa del Perú y preguntó que había aquí. Le dijeron a la reina que se venga al Perené para sacar sus riquezas para pagar nuestra deuda. Así vinieron pues.

En ese tiempo de la Peruvian dice, la reina le mendaba sus libras esterlinas para hacer sus trabajos, pero a nosotros pagaban con papelitos o con cartoncitos. ¡Dónde pues quedarían esas libras! Ya menos mal que después se fueron porque ahora estaríamos como las Malvinas."

(Versión oral recogida de una ex-trabajadora de la Colonia del Perené)

El impacto de la Colonia del Perené en la ceja de selva central ha quedado dramáticamente grabada en la memoria de los Asháninka y Amuesha, habitantes ancestrales de la zona, y en la de los miles de cosechadores, mejoreros y colonos que trabajaron en ella o adquirieron tierras en el área de esta concesión.

El conocimiento de su origen, funcionamiento, problemas, políticas e impacto contribuye a la reconstrucción de los procesos que han llevado a la actual configuración de la región de Chanchamayo y Perené. Si desde ese punto de vista la Colonia del Perené es un fenómeno particular, relevante para la historia local, desde otros puntos de vista, esta empresa ilumina en general los procesos de ocupación de la Amazonía y de formación de nuevas fronteras: la especialización productiva de estas áreas, los mecanismos de formación de mercados de tierras y trabajo, la expropiación de los territorios étnicos, el desarrollo de ámbitos económicos y de poder y la actitud del Estado y las clases dirigentes frente a estos espacios.

Por otra parte, el caso de la Colonia del Perené se levanta ante nosotros como una situación irónica que desmitifica las enormes expectativas puestas sobre la región amazónica: aquí tenemos un ejemplo de una situación donde la colonización se realizó con capitales, tecnología, experiencia previa en áreas tropicales, empresarios europeos y apoyo del Estado. Sin embargo, su modelo de desarrollo estuvo limitado por condicionamientos ecológicos, políticos y económicos.

El área del Perené con su visible deterioro ecológico, su marcado proceso de minifundización y la pauperizada situación de las poblaciones nativas es un complejo cuadro que nos remite al modelo subyacente de colonialismo interno con el que se incorporan los frentes amazónicos. Los programas de desarrollo de la zona se asientan sobre ese mismo esquema. La dinámica región de Chanchamayo y Satipo demanda ahora nuevas zonas de expansión para la reproducción del sistema.

Antecedentes

El origen de la Colonia del Perené fue una concesión de dos millones de hectáreas en la selva (1). Esta había sido otorgada como resultado de las negociaciones del contrato Grace para la cancelación de la deuda externa a los acreedores ingleses, franceses y holandeses principalmente, a partir de 1885. La base de esta negociación, en el contexto de un país en bancarrota, fueron los ferrocarriles, dado que de hecho existía una hipoteca pendiente sobre ellos y que se tenían grandes expectativas de que en manos de los acreedores pudieran ser ampliados para impulsar la agricultura y la minería. Sin embargo, para los acreedores la entrega de los ferrocarriles no era suficiente, pues los tramos no estaban terminados y la Guerra con Chile los había deteriorado, demandando por lo tanto una fuerte inversión.

Fue entonces que se inició un largo período de negociación que culminó en 1889, en el que los acreedores reclamaron beneficios adicionales y los grupos dominantes peruanos, a través del Estado, fueron cediendo y tratando de combinar estas demandas con sus propios intereses particulares. De este tira y afloja resultó la oferta de una concesión en la selva —región poco conocida— para así al menos dejar fuera del trato las tierras de la costa y en lo posible las minas de la sierra.

Michael Grace, consuegro del Presidente del Comité inglés de acreedores o tenedores de bonos, habiendo adquirido los intereses que originalmente obtuvo el constructor Meiggs en ferrocarriles y en minas, estuvo a cargo de

* La investigación sobre la Colonia del Perené y su rol en la configuración de la región fue financiada por FOMCIENCIAS. Agradezco a Fernando Santos, con quien formulé las primeras preguntas, por su información de archivos

la negociación y sacó de ella muy buen partido. Una primera propuesta de Grace parecía casi un inventario de los recursos del país y ya incluía, junto con la concesión de los ferrocarriles por un período de 75 años, el guano, derechos de explotación minera, salitre, derechos de cabotaje en los ríos de la selva y el lago Titicaca, ingresos aduaneros y dos millones de fanegadas en la selva para fundar ocho colonias, comprometiéndose a hacer estudios para éstas últimas y traer inmigrantes de raza blanca. Se trataba antes que nada de un tanteo de la disposición del país.

Tras una violenta reacción de parte de algunos miembros del Congreso, quienes alertaron sobre la experiencia de la Compañía de Indias Orientales y desconocieron en principio el supuesto monto de la deuda, Grace presentó una segunda propuesta. Para entonces ya había sondeado la opinión nacional y había contado con la valiosa asesoría de personajes vinculados a las altas esferas del gobierno, en un estilo que no nos resulta desconocido en la actualidad. La nueva propuesta hacía ciertas concesiones, reduciendo el tiempo de usufructo de los ferrocarriles, las exigencias en minería y hasta en la mitad las menos atractivas tierras de selva.

Sucesivos escándalos demoraron los acuerdos. Uno de ellos consistió en la circulación de una propuesta que dejaba abierto el derecho a tierras que no fueran de montaña, a sola especificación de los bonistas. Antero Aspíllaga se encargó de cuidar los intereses de la oligarquía en la costa y en la siguiente versión se triplicaban el ofrecimiento de tierras de selva, dejando a salvo las de la costa. A pesar de que, como veremos más adelante, periódicamente se cuestionó los derechos sobre las concesiones, la Peruvian Corporation —empresa que se constituyó para administrar estos bienes— siempre se supo rodear de personajes oficiosos y sumamente útiles: Ministros de Hacienda como Eulogio Romero, candidatos a la presidencia como Hernando de Lavalle, y funcionarios como Manuel Ulloa Elías, entre otros.

La ligereza con que aparentemente se decidió la cantidad adecuada de tierras de montaña, es decir los dos millones de hectáreas a lo largo de los ríos Perené, Palcazu, Pichis, Pachitea, Ucayali, Tambo, Urubamba y Ene, demuestra el poco valor atribuido a éstas

en aquel entonces. Si bien era el momento del nacimiento del boom del caucho, las áreas concedidas no eran mayormente caucheras y las que lo eran estaban ya en manos de patrones que trabajaban desde Iquitos. En cambio se pensaba ya en la ampliación de áreas agrícolas mediante la inmigración europea, esquema en boga en esa época.

La elección del área del Perené para iniciar la colonización, que a la postre resultó la única que llegó a concretarse, tomó en cuenta los siguientes criterios. En primer lugar, se planeaba extender el ferrocarril del centro a Tarma y Chanchamayo para conectarlo con ríos navegables. Precisamente durante las dos décadas previas habían tenido lugar una serie de expediciones en busca de esa salida al Atlántico. En realidad, si bien la Peruvian compartió el entusiasmo por este esquema vial, ya en 1907 había dejado de lado sus expectativas, aún cuando la opinión pública y sectores interesados revivieron el proyecto periódicamente.

En segundo lugar estaba la construcción de la Vía del Pichis, iniciada en 1889, y que atravesaba el área de inmediata ocupación por la Peruvian. La presencia de una colonia de italianos en La Merced y una creciente actividad agrícola en Chanchamayo, sumados a las recomendaciones que hicieran los misioneros franciscanos ofreciendo sus misiones como intermediarias para obtener mano de obra nativa, fueron importantes elementos de decisión. Chanchamayo que había sido hasta 1847 territorio tradicional Amuesha y Asháninka era por entonces una especie de patio trasero de Tarma que había logrado la hegemonía en la conquista de la montaña. Sin embargo, la zona donde habría de establecerse la Colonia del Perené era en 1890 una frontera no totalmente "pacificada".

Dos y hasta tres comisiones de exploración y estudio, a cargo de agricultores de Ceilán y de jardines botánicos coloniales recomendaron cultivos y mejoras tecnológicas para la zona de confluencia de los ríos Chanchamayo y Paucartambo.

Al momento de precisar el área de concesión del Perené, la introducción de caucho cultivado en Ceilán y la inestabilidad política del Brasil habían provocado una notable alza de precios del café, convirtiendo a Chanchamayo

rápido en zona cafetalera. La Colonia del Perené contribuyó a partir de 1891 al desarrollo cafetalero de la región, en lo que se refiere a su tecnificación, generación de un mercado de mano de obra y consolidación de la frontera.

Aún cuando para los bonistas y la recién formada Peruvian Corporation la concesión del Perené no fuera prioritaria, la cláusula del contrato que los obligaba a empezar los trabajos en tres años y a concluirlos en nueve, hizo que de inmediato la Peruvian solicitara al Estado se le precisara el área de esa primera colonia, es decir 30 kilómetros a ambos márgenes del río Perené, desde su nacimiento hasta la confluencia con el río Ene, en total 500,000 hectáreas. En la práctica no se había explorado sino una mínima proporción de esta área, así como nunca se llegó a hacer los levantamientos requeridos para la confirmación de los derechos ni se cultivó de manera directa sino poco más que 1,000 hectáreas.

Mercado de café y políticas laborales

Fue esa violenta alza en los precios del café a fines del siglo pasado lo que decidió la orientación productiva no sólo de la Colonia del Perené, sino del conjunto de la región, hasta entonces dedicada mayormente a la producción cañera y de panllevar para los mercados serranos aledaños, particularmente mineros. A pesar de las constantes fluctuaciones de precios, la región mantendría su perfil cafetalero, pero éstas, sumadas a la limitación de mano de obra y a los conflictos políticos definiría el carácter inestable de las políticas de expansión y desarrollo de la Colonia de una manera particular.

Al iniciar sus operaciones la Peruvian Corporation trajo inmigrantes italianos e ingleses a quienes dotó de subsidios durante un corto período inicial, adjudicó lotes y brindó su infraestructura, a la manera de las Sociedades de Inmigrantes contemporáneas.

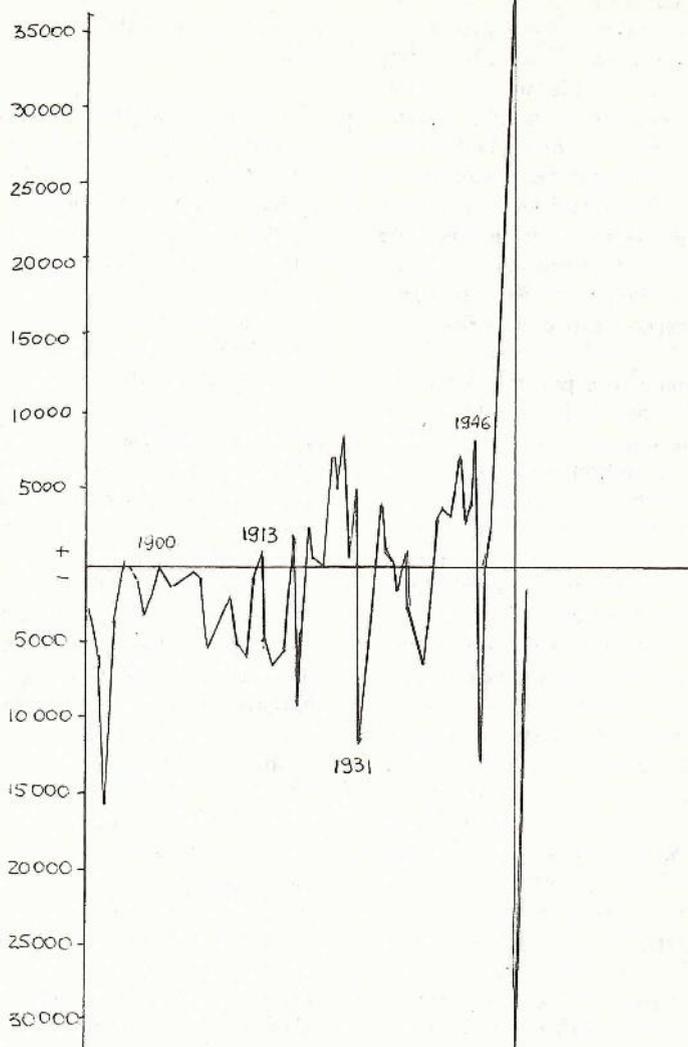
Habiéndose establecido más allá de la frontera de colonización y probablemente en base a una distinta experiencia colonial la Peruvian hubo de negociar con algunas familias Asháninka para evitar fricciones. Fue así como a cambio de un saco de granos de maíz, vagamente valorizados en bienes de la mercantil, la empresa aseguró una convivencia pacífica con los indígenas lo-

cales. En realidad el criterio de venta de tierras no cabía dentro de los esquemas culturales y económicos de los Asháninka, quienes no comprendieron que ese gesto de reciprocidad significaría a partir de entonces el avance inexorable de la colonización sobre el resto de su territorio étnico, proceso que aún no ha concluído.

Esos primeros colonos se establecieron a orillas del Paucartambo y en menor medida en las alturas de Metraró y en el Alto Perené. La empresa tendió un único puente de acceso frente a la misión franciscana de San Luis de Shuaro y construyó una planta de procesamiento de café, además de un hospital y caminos de acceso. Se estableció también un vivero y, a la par que los colonos abrían sus propias parcelas, la Peruvian abría una hacienda de 200 acres. De inmediato la Colonia se abocó a tecnificar la producción cafetalera para elevar la calidad del grano: introdujo a la región el sistema de lavado y despulpe, tendales y podas. Hasta entonces el café crecía en las haciendas del valle de manera casi silvestre, poco espaciado, sin trasplante, limpiezas ni sombra.

Hacia 1903 los precios del café sufrieron una grave caída y con ello la mayor parte de los colonos establecidos en el área de la concesión se retiraron, vendiendo a la Peruvian sus áreas cultivadas. De la misma manera un gran número de fundos de Chanchamayo fueron abandonados pues los bajos precios y altos fletes no permitían cubrir los costos de producción. La Colonia en cambio no pudo recurrir a esta estrategia: su inversión había sido muy alta y su concesión estaba condicionada a la utilización productiva de esas áreas. Si bien en estas repetidas coyunturas la Colonia buscó reducir costos, una y otra vez a lo largo de su historia debió llegar a la conclusión de que no había más remedio que "demostrar actividad". Naturalmente ello se reflejó en su curva de ganancias y pérdidas, y fue posible por el hecho de contar con los subsidios de las ganancias aportadas por los ferrocarriles. Esta lógica aparentemente irracional estaba subordinada a los intereses del conjunto de la Peruvian Corporation (ver cuadro 1).

En la década del veinte se abrieron nuevas expectativas debido a una recuperación de los precios del café. Esta



CUADRO 1 *Saldos netos anuales 1891-1953 de la Colonia del Perené (en libras esterlinas)*

coyuntura llevó a la empresa a formular planes de expansión, de mayor tecnificación y de desarrollo vial, a la vez que le permitió asumir un rol de liderazgo en la región. A la cabeza de la Junta de Obras Viales llevó la vía central hasta la puerta misma de la Colonia, reduciendo así sus costos, y estableció con los grandes hacendados del valle acuerdos sobre los jornales de la numerosa mano de obra eventual requerida anualmente para la cosecha. Las buenas relaciones con el gobierno de Leguía, los préstamos facilitados a la Junta y la capacidad de negociación de un administrador con conexiones familiares en la región reforzaron la posición de la Colonia como el mayor empleador del valle y líder en el campo de la tecnología, no obstante las contradicciones con estos hacendados y medianos colonos.

Las haciendas de la Colonia producían para entonces el café de más alta calidad. Pero es en la década del veinte que se diseñó un nuevo esquema productivo y de expansión de cultivos, que a la vez consolidó los mecanismos de utilización, captación y retención de la mano de obra.

El nuevo esquema consistía en trasladar la planta procesadora de orillas del Paucartambo a Pampa Whaley, en el Perené para asegurar mayor disponibilidad de agua, capacidad instalada y acceso desde las nuevas haciendas. Tras dos décadas de bajos precios se hacía necesario realizar una inversión en mejoras de cafetales a través de recalces y de siembra de árboles que proporcionarían sombra a los cafetos, aplicando sistemas desarrollados en Centroamérica; para neutralizar la fuerte erosión

que producía derrumbes en los cafetales y deterioraba los suelos se sembró izote. Un complejo sistema de traslado de los granos a la planta procesadora a través de tubos de agua se esperaba permitiera reemplazar en parte el costoso sistema de transporte interno mediante recuas de mulas. Todo el esquema estaba orientado a asegurar la producción de un café de muy alta calidad que pudiera sostenerse a pesar de las fluctuaciones de precios en el mercado internacional. Se llegó a producir hasta seis calidades de granos finos.

El esquema fue puesto en marcha a principios de la década del '30, al tiempo que se perfilaba una tendencia estructural de sobreproducción a nivel internacional que amenazaba la estabilidad de los precios. La fórmula de café de alta calidad sólo pudo superar este condicionamiento parcialmente, pues nuevos cambios en ese mercado empezaban a dibujarse. En el contexto de una aguda crisis económica mundial y de reestructuración de las potencias, el mercado de café fue reorientándose hacia la demanda de café de mediana calidad para la producción de instantáneos, con lo que la Colonia vio drásticamente reducida su ventaja comparativa. Los costos de la Colonia eran notoriamente más altos que los de las demás haciendas del valle. A ello se sumó el establecimiento de cuotas de exportación por países y regiones, ante lo cual de nada le valió a la Colonia del Perené el apelar a su origen inglés para argumentar su carácter de excepción.

Debido a esta inestabilidad de precios y fundamentalmente a la escasez de mano de obra, la Colonia intentó desarrollar una diversificación productiva ensayando la producción de aceite de yerba luisa, frutales, arroz y más tarde cube para exportación, rubros todos que fueron muy marginales o incluso temporales.

El mercado de mano de obra y las políticas de captación y retención en la Colonia del Perené

Una vez que la Colonia compró esas áreas iniciales a los colonos extranjeros que se marcharon y que constituyeron la base de la expansión posterior, la empresa debió empezar a contratar en gran escala cosechadoras eventuales y peones permanentes, llegando a constituirse en el mayor empleador del valle. Sin embargo, tal como lo diagnosticó la administración de la Colonia, fue la

escasez de mano de obra lo que limitó en última instancia su desarrollo y lo que año a año explicó los niveles de producción por debajo de lo proyectado.

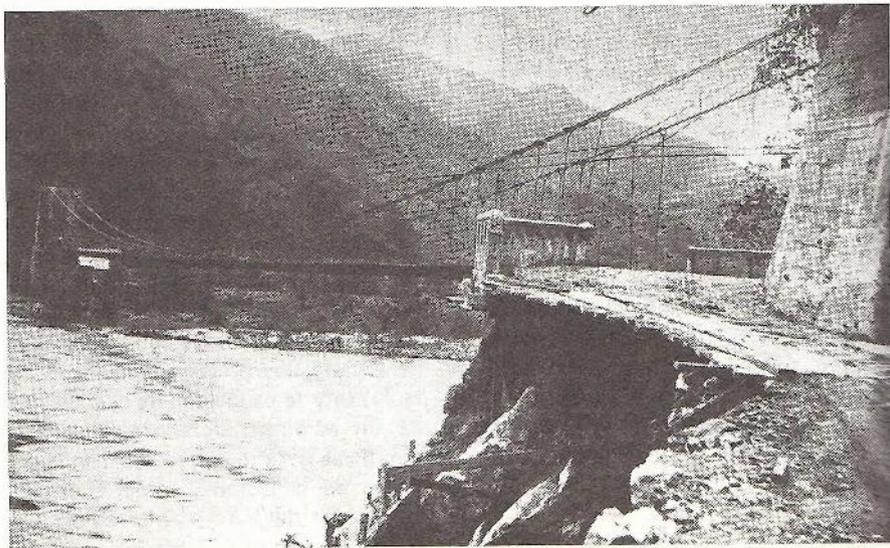
No fue la Colonia del Perené la que introdujo el enganche en Chanchamayo, sistema a través del cual aún se capta una parte significativa de la mano de obra eventual en este valle y el resto de la selva central. Los hacendados italianos y tarmeños ya recurrían al sistema desde la apertura de la frontera. Tampoco el sistema de control de salidas y el uso de fichas como sistema de pago fueron novedades ni exclusivamente utilizados por la Colonia. Sin embargo, la dimensión del sistema aplicado por ésta sí fue notablemente mayor y más estricto. Las condiciones de vida y de trabajo en la Colonia eran muy duras y los castigos, la malaria, el medio hostil y la imposibilidad de abandonarlo dieron pie a la percepción de la Colonia como una gran prisión, aunque en realidad las demás haciendas del valle no estaban lejos de esas mismas condiciones.

La escasez de mano de obra era una situación estructural que no sólo aquejaba a la región de Chanchamayo como lo demuestran las numerosas referencias para la costa y la sierra a principios de siglo. En el caso de la región de colonización la situación se veía agravada por el hecho de que la demanda era muy estacional y exigía un alto número de brazos para la cosecha. Por otra parte, y esto en particular creaba

contradicciones para la Colonia, la disponibilidad de tierras hacía que las haciendas se vieran en competencia con la posibilidad de asentarse independientemente y de realizar una producción autónoma para el mercado. Como veremos más adelante, fue esta contradicción la que llevó a la Colonia a condicionar su política de venta de tierras. Es en este contexto que debemos analizar las políticas de manejo y retención de mano de obra que le han dado una triste celebridad a la Colonia del Perené.

La Colonia fue desarrollando un sistema múltiple de manejo de mano de obra y de escalas de jornales, pagos a destajo y obligaciones que incluían a diferentes categorías de eventuales, mejoreros, operarios y contratistas, hombres, mujeres y niños, llegando en algunos años a unos 1,500 trabajadores. Los nativos Asháninka y Amuesha, como veremos más adelante, nunca llegaron a ser mayoritarios, aún cuando en la década del '20 las cosechas dependían en gran medida de su participación puesto que podían ser movilizados oportunamente.

Para poder retener a la mano de obra e instaurar una disciplina de trabajo, además de evitar la fuga de café por parte de los propietarios independientes a los que la empresa había vendido lotes, la Colonia se convirtió en un espacio cerrado donde la circulación, entradas y salidas, estaba restringida. Allí la única autoridad era la Colonia no importa cuántas veces se hi-



El único puente contribuía a controlar la salida de trabajadores y productos.

cieran denuncias al Ministerio de Trabajo.

La Colonia utilizó el sistema tradicional de enganchadores que viajaban a las sierras aledañas de Tarma, Huancayo, Huancavelica y Andahuaylas. En Huancayo y La Oroya la empresa contaba con el concurso de las oficinas del ferrocarril. Eran estos enganchados los que sufrían el más fuerte control. Al atardecer eran encerrados en sus galpones para evitar su fuga, durante las jornadas de cosecha eran constantemente vigilados, así como cuando iban al río a bañarse para evitar que pudieran lograr cruzarlo, pues los capataces portaban armas. Así y todo las fugas y deserciones fueron constantes, en algunos casos con la colaboración de los propios nativos que sí conocían el monte y podían guiarlos al otro lado del río. La mano de obra enganchada era fundamentalmente para la cosecha, pero el sistema de endeudamiento favorecido por el pago con fichas convertibles en la mercantil aseguraban que un número significativo de éstos se quedara en la Colonia para realizar las tareas permanentes de mantenimiento.

Aparte de éstos estaban los mejores, también muchas veces antiguos eventuales, a través de los cuales la Colonia realizaba la expansión de áreas cultivadas, aseguraba el acceso a su mano de obra familiar y evitaba la independización de éstos migrantes que aspiraban a tener un lote propio. Estos mejoreros podían sembrar algunos otros productos para su consumo o venta a la Colonia y percibían pagos a destajo ligeramente más altos.

Otra de las categorías era la de contratistas, una suerte de peones estables o mejoreros durante el año pero que a la época de cosecha se comprometían a traer cosechadores y a vigilarlos. De estos contratistas salieron buena parte de los administradores de las siete haciendas que llegó a tener la Colonia del Perené, y fueron algunos de éstos los que a la liquidación de los intereses de la Peruvian adquirieron grandes lotes. Las tareas de mantenimiento de cafetales y de la planta de beneficio estaban a cargo de personal permanente.

Pero el control sobre la vida y el trabajo en el territorio de la Colonia no acababa en estos trabajadores contratados. Los arrendatarios de lotes, también debían responder a los llamados de cooperación para la cosecha. En

la práctica éstos no eran sino mejores, pues sus contratos de alquiler eran de 4-6 años, después de los cuales los arrendamientos eran notablemente más altos y por lo general muchos de ellos no tenían más opción que abrir un nuevo lote bajo un nuevo contrato. Pero más aún, aquellos que estaban en capacidad de comprar lotes, mientras terminaran de pagar sus cuotas estaban también bajo esa misma ilegal obligación. Los primeros contratos de venta, no notariales, especificaban incluso, que éstos estaban obligados a vender toda su producción de café a la Colonia. Cuando esta práctica ya no fue posible, la Colonia recurrió a las habilitaciones para asegurar que esa producción pudiera ser captada por la planta de beneficio de Pampa Whaley, más aún en la medida en que poco a poco estos colonos fueron estableciendo sus propios despulpadoras y tendales y que la mejora de vías de comunicación les ponía el mercado de La Merced a su alcance. El control de acceso en el único puente de entrada y salida de la Colonia estaba pensado para evitar la fuga no sólo de los cosechadores, sino de la producción de café y panllevar, y la aproximación de compradores.

Cuando en la década del '40 y fundamentalmente el '50 la competencia por la escasa mano de obra se intensificó, la Colonia trató de implementar algunas mejoras en el abastecimiento, alojamiento y salubridad de la mano de obra: la mala reputación de la Colonia hacía que una vez que los cosechadores se dieran cuenta que su destino era la Colonia del Perené, hicieran lo posible por fugarse de los camiones que los conducían.

Cuando hacia fines de la década del '50 la Colonia concibió un esquema de expansión de áreas cultivadas la mano de obra era una limitación determinante en la medida en que los lotes que habían sido vendidos o invadidos demandaban asimismo mano de obra, mientras las vías de comunicación creaban alternativas de ocupación para la población serrana.

Las invasiones y la formación de nuevas empresas subsidiarias

Tras el alejamiento de los colonos extranjeros traídos por la Colonia ésta no hizo mayores esfuerzos por fomentar la colonización. Al abandonar la planta de tratamiento ubicada a ori-

llas del Paucartambo la Peruvian vendió una de sus haciendas, cuyos cafetales para entonces se habían vuelto poco productivos, que quedaba muy alejada del centro de operaciones. Otras ventas se hicieron en la década del '30 en la zona de Puñizas mayormente a una colonia de japoneses, en una zona que entonces no era atractiva para la Colonia del Perené. En la medida en que estos lotes se fueron consolidando, fueron demandando mano de obra y atrayendo a nuevos compradores, la Colonia tomó conciencia del peligro de iniciar una política sistemática de ventas; así y todo la Colonia se vio obligada a hacer nuevas ventas en la década del '40.

Sin embargo, dado que su contrato de concesión los obligaba a colonizar el área total y que sus propias haciendas no cubrían para entonces sino menos de 1,000 hectáreas, los reclamos de incumplimiento se hicieron constantes, agravados por los conflictos originados por otros intereses de la Peruvian como los ferrocarriles debido a problemas tarifarios. Parlamentarios y funcionarios interesados avivaron periódicamente las críticas, quedando tranquilizados cuando la Peruvian accedía a concederles los lotes solicitados. Para acallar estas críticas la Colonia optó por vender lotes de una manera poco sistemática. Los compradores eran previamente calificados y existía una directiva para no vender lotes mayores de 30 hectáreas y asegurar que éstas hectáreas incluyeran algunas de las tierras no aprovechables por lo accidentado del terreno. Las pocas excepciones fueron aquellas donde medió presión política.

Con la mejora de las vías de comunicación y la recuperación de los precios en los años '50 la presión sobre la Peruvian para que ésta lotizara las áreas no cultivadas se hizo creciente. A ello se sumó la escalada de ocupaciones fundamentalmente en la margen derecha donde la Colonia no había hecho mejora alguna. Al norte de la Colonia del Perené, colonos provenientes del área de Villa Rica empezaban a introducirse en el Valle de Yurinaki, una de las áreas que la Colonia preveía para su expansión. La Peruvian ya había perdido sus derechos en Satipo y numerosas cuñas recortaban el área de la concesión nunca totalmente legitimizada.

La presión política sobre la Colonia

durante la década del '50 fue muy intensa y puso en peligro los intereses del conjunto de la Peruvian Corporation. (El asesor legal y consejero político de la empresa, se había presentado como candidato en las elecciones de 1956 y perdido.) Debido a esta presión desde principios de la década la Peruvian empezó a estudiar una fórmula para "evitar innecesaria publicidad", la misma que se materializó en 1957. La fórmula consistía en formar dos compañías subsidiarias, una para administrar las áreas en producción y aquellas previstas para expansión y desarrollo de otras actividades como la explotación forestal, y otra para encargarse de la lotización y venta de terrenos. La Compañía Agrícola Pampa Whaley y Negociación Perené, respectivamente, figuraron con un accionariado mayoritariamente nacional que actuaba como testaferro a sugerencia de Manuel Ulloa Elías. Los cambios se enmarcaban en una serie de transacciones que a nivel global había realizado la Peruvian Corporation, y en un intento por "peruanizar" la empresa para "ganar mayor libertad de acción" y saldar las deudas para con el accionariado minoritario.

Hacia 1956 la Peruvian se registró en el Canadá por razones tributarias y cambió de razón social para finalmente convertirse en la Peruvian Investment & Finance. Esta empresa pasaba a ser propietaria de los bienes originales de los tenedores de bonos tras haber realizado un arreglo financiero con aquellos accionistas ordinarios y preferenciales a los cuales nunca se redimió (2). El arreglo era también resultado de las negociaciones con el Estado peruano para extender el plazo de explotación de los ferrocarriles por 17 años más y de un reacomodo interno entre las empresas subsidiarias vinculadas a los nuevos accionistas. Es en este contexto que se planeaba realizar la explotación de minerales en el Perené y la razón por la cual la Compañía Agrícola Pampa Whaley era asesorada por intereses holandeses. Manuel Ulloa pasó a ser el presidente de la Compañía Peruvian Investment & Finance, mientras al directorio local se integraban otros "nombres peruanos" para dar ese "toque de peruanización" y darle mayor margen de acción y negociación con el Estado.

La formación de estas dos empresas subsidiarias permitió que la Peruvian lotizara grandes áreas ya bajo presión

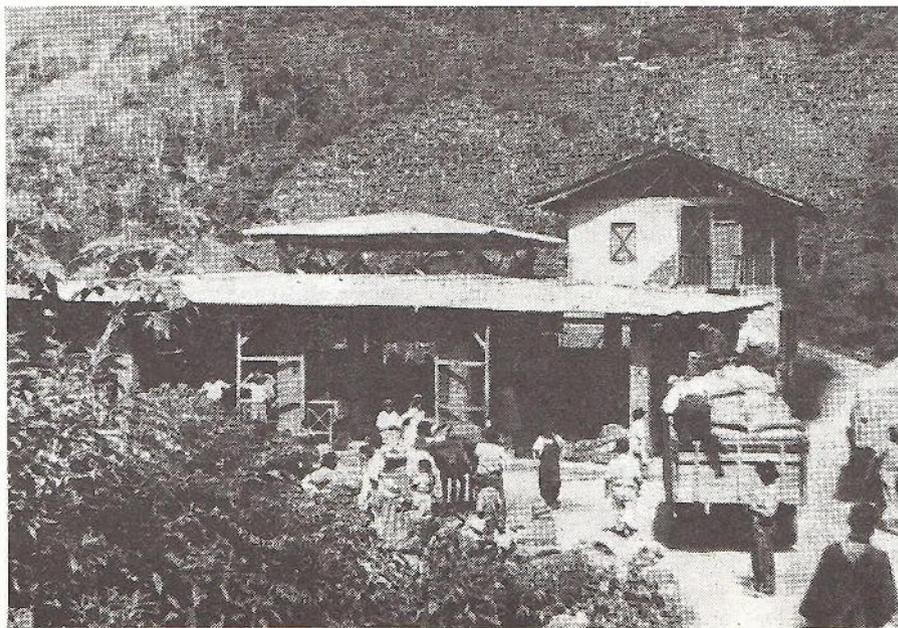
tanto en la margen derecha del Perené como en la izquierda. Si durante las décadas anteriores la Colonia había jugado con los precios de la tierra de manera muy artificial para fomentar su adquisición o inhibirla, a partir de la del '50 los precios pasan a estar regulados por las leyes de oferta y demanda. Por otra parte, la Compañía Agrícola Pampa Whaley se encargó de ampliar las áreas de cultivo de café y de diversificar a mayor escala la producción a través de frutales. La administración de esta nueva empresa estuvo a cargo de un gran comerciante de café que había actuado de agente comercial de la Colonia y figuraba entre los accionistas nacionales. Hasta la aplicación de la Reforma Agraria en 1965 y su liquidación en 1967 Pampa Whaley había logrado convertirse en una empresa rentable que ya no requería de los subsidios de la Peruvian.

Durante este último período la población nativa del Alto Perené adquirió una importancia significativa para la Peruvian en términos de su utilización en el contexto de su enfrentamiento con la población colona. El proceso de enajenación de los territorios étnicos que se había iniciado desde mediados del siglo diecinueve con la reconquista de Chanchamayo se consolidaría en esta zona con las ventas y donaciones de tierras que explican el panorama de tenencia de tierras de la población nativa Asháninka y Amuesha en la actualidad.

La relación de la Colonia del Perené con la población nativa

A su llegada la Peruvian debía traspasar la frontera ya conquistada a los Amuesha y Asháninka en Chanchamayo. Hasta pocos años antes los colonos de La Merced habían tenido enfrentamientos armados con esta población en su intento de expandirse hacia la margen derecha del río Chanchamayo y de capturar mano de obra para las haciendas.

El establecimiento de una misión franciscana en la avanzada norte de San Luis de Shuaro en 1886, para reducir a la población Amuesha, dio cierta garantía a los primeros inmigrantes traídos por la Peruvian. La misión había propagandizado su capacidad intermediadora para procurar mano de obra a la Peruvian pero en la práctica su utilización parece haberse reducido a servicios ocasionales. Lo mismo sucedía hacia el Perené, donde la Peruvian había "comprado" tierras a una familia Asháninka. Hasta la década del '20 los nativos fueron utilizados para rozar chacras y brindar servicio de transporte en el río. Tanto los misioneros como los administradores reclamaban que los indígenas se resistían a trabajar o que sólo lo hacían hasta conseguir un hacha o un machete, ya que podían satisfacer todas sus necesidades con la agricultura y el aprovechamiento del bosque.



La Mercantil de Pampa Whaley era un mecanismo eficiente para captar mano de obra nativa y mantenerla endeudada.

Tal como lo declarara la propia Colonia del Perené, a pesar de la presencia de expertos en agricultura tropical, ésta reconocía que "la experiencia de cultivo disponible en este distrito es fundamentalmente resultado de la observación de los métodos usados por los indios Campa". Es presumible que los nativos hubieran proporcionado a la Colonia semillas para el sostenimiento de los trabajadores y colonos iniciales.

La llegada de un misionero adventista en 1921 cambió radicalmente las cosas. Fernando Stahl, quien había trabajado en Bolivia y Puno, en su camino a la selva baja se propuso reducir a los Amuesha y a los Asháninka y cambiar su modo de vida mediante una escuela, una rígida práctica ritual y la concentración de población, ofreciendo servicio médico y su intermediación con la empresa. Consiguió entonces de la Peruvian, por un alquiler simbólico, un área de Metraro donde los nativos pudieran vivir y trabajar sin más interferencia. La zona en cuestión había sido el centro de la resistencia durante el levantamiento de Juan Santos Atahualpa en 1742 y el misionero supo canalizar las esperanzas mesiánicas de la población, la misma que se movilizó a la noticia del regreso del líder.

La misión adventista organizó para la Peruvian cuadrillas de cosechadores a través de un jefe y vigiladas por un pastor. Estos cosechadores tenían para la Colonia la ventaja de poder ser movilizados oportunamente y a mucho menor costo: no sólo no había que pagarles transporte, pagar enganchadores ni darles el escaso alojamiento sino que hasta la década del '40 los jornales que se les pagaba eran más bajos.

En pocos años Stahl logró crear además de la misión del Pajonal Metraro, una en Cascada, otra en Sutziki, en Ipoke y en Sotani, todas ellas a lo largo del Perené donde fue concentrando a población del valle y atrayendo a otra de la zona del Gran Pajonal y del Tambo. Se formaron también núcleos de creyentes dispersos. Desde estos centros la misión continuó enviando cuadrillas de cosechadores alentadas por la disciplina adventista.

Los adventistas no sólo trabajaron con la población nativa, también lo hicieron con cosechadores originarios de la sierra para erradicar la bebida y la

coca y alejarlos de otras haciendas que permitían e incluso alentaban estos 'vicios', lo que claramente beneficiaba a la Colonia. Las fricciones entre ésta y la misión comenzaron cuando los cosechadores ya convertidos empezaron a negarse a trabajar en sábado por ser día de culto y quedar estrictamente prohibido...

Las concentraciones de población nativa tan útiles para los misioneros y la Colonia provocaron un recrudecimiento de epidemias de gripe y sarampión, fenómenos que ya se había producido en las primeras conversiones franciscanas y que causaba estragos en la población nativa. Ya el médico Kuczinski-Godard había recomendado evitar estas concentraciones donde los niveles de salubridad y nutrición se deterioraban rápidamente. En 1933 la epidemia de sarampión se extendió por todo el Perené causando una mortandad altísima: en sólo una de esas concentraciones murieron 120 Asháninka en pocos meses sobre un total de 300 personas. Como en anteriores oportunidades la enfermedad fue interpretada como un arma de los blancos y la reacción fue masiva y violenta contra la misión, los pastores, los conversos y la Colonia. Incluso poblados ya bien establecidos como La Merced y San Ramón temieron un ataque.

A todo lo largo del río Perené y sus afluentes la misión adventista se encontró incapaz no sólo de calmar los ánimos sino de seguir movilizandolos a los nativos, por lo menos hasta 1940 en que la Colonia se vio obligada a nivelar los jornales. La Peruvian revisó entonces sus términos de relación con la misión: ésta ya no estaba dando rendimientos.

Pasada la tormenta algunos grupos se mantuvieron adventistas. El adventismo parecía restituir el orden a un mundo que se había vuelto caótico. El proceso de colonización que ahora empezaba a ejercer presión desde diversos frentes (Chanchamayo, Villa Rica, Satipo y la margen derecha del Perené) significaba cada vez más una palpable restricción de su territorio a la par que se creaban nuevas necesidades. Cuando en 1948 la Peruvian expulsó a la misión adventista, dos situaciones se estaban produciendo o se produjeron. Por un lado un cierto número de Asháninka y Amuesha se dirigieron hacia los valles del Pichis y el Palcazu,

entonces no masivamente colonizados, en un proceso migratorio que continúa hasta hoy hacia esas mismas zonas o hacia el río Ene, en la medida en que se va consolidando el proceso de colonización. Por otro lado, cuando esto sucedió la Colonia del Perené ya no necesitaba de la misión para asegurarse cosechadores nativos y fijar a estas poblaciones. Ese mismo proceso las había involucrado en la economía regional produciendo café y vendiendo su fuerza de trabajo, digamos voluntariamente, dentro de un sistema de permanente endeudamiento. La economía mercantil había hecho su trabajo.

Un poco antes, a principios de la década del cuarenta, al tiempo que la Peruvian iniciaba un proceso de lotización de tierras a colonos, ésta hizo saber a los nativos que ella era la legítima propietaria de todas las tierras porque "así le había dado permiso el Gobierno". Por lo tanto aquellos que quisieran permanecer en la zona y tener derecho a hacer chacras debían solicitar los lotes en alquiler a la Colonia. Los propios nietos de aquel primer Asháninka que vendió un terreno a la Colonia debieron ahora alquilarlo de ésta. La condición naturalmente era que le fueran conocidos a la Colonia, es decir, que fueran habituales cosechadores en sus haciendas. Los lotes alquilados tenían entre un cuarto de hectárea hasta cuatro. Amenazados por los nuevos colonos y ante la presión de la empresa, muchos nativos aceptaron los alquileres casi simbólicos que los subordinaban a la Colonia. Quedaban así a la mano como frontera demográfica, es decir tanto como cosechadores y mejoreros como para vigilar linderos y proteger a la Colonia de eventuales invasiones.

Si bien inicialmente los nativos tenían prohibido sembrar café en sus chacras, pues ello podría inhibirlos de participar en la cosecha, ésta última y el trabajar como mejoreros de la Colonia fue incentivando su cultivo. En esta medida y en tanto la Colonia descubrió que podía convertir a estos núcleos nativos en trincheras, la Peruvian procedió a trazar una política de concesiones a "tribus", es decir, familias extensas.

La Colonia encontró un antecedente en la concesión a la misión y procedió a celebrar contratos con jefes de aquellas familias extensas bajo su ám-

bito de influencia. Estos contratos, sin valor legal, excluían la venta a terceros y obligaban a vigilar linderos y mantener informada a la Colonia sobre cualquier movimiento. Si bien ésta no había logrado cumplir sus expectativas de contar con hasta un 50% de peones nativos, les había encontrado una nueva utilidad.

En algunos casos se trató de concesiones gratuitas que sólo requerían de un pago por linderamiento y lotización interna que los nativos amortizaron en cuotas. Las nuevas comunidades habían nacido ya con un régimen de privatización a su interior, el mismo que sería reforzado por el cultivo de cafetales.

Aquellos nativos establecidos en áreas que la Colonia preveía como zona de expansión o que se había visto obligada a vender como favor político, la Colonia procedió a reubicarlos, tal como sucedió en Yurinaki. En otros casos, se trató de ventas de tierras, fundamentalmente en áreas de fuerte demanda por parte de colonos e invasores, y donde la Colonia no podía controlar su avance.

A partir de 1961 se regularizaron notarialmente los contratos, en algunos casos a instancias de los misioneros evangélicos que empezaban a trabajar en las partes altas de la margen izquierda del Perené. Muchos de éstos sirvieron de base para la aplicación tardía del Decreto Supremo 03 de 1957 del régimen de reservas. Más tarde, a partir de 1975, a lo largo del Perené algunas comunidades fueron reconocidas sobre la base de estas áreas cedidas o compradas: a veces una pocas hectáreas. Pero no todos estos agrupamientos nativos tuvieron la suerte de conseguir reconocimiento como comunidades nativas y menos aún de ser tituladas bajo la legislación de 1974 y 1978. Hoy en día aquellas que no fueron protegidas presentan áreas discontinuas con presencia de colonos, lo que a pesar de su pertenencia étnica las convierte a los ojos de la política de colonización en poblaciones "desribalizadas".

Todo ese proceso que puso a los Amuesha y Asháninka entre la Peruvian y los Colonos estuvo marcado por el intento de ambas partes de manipularlos e involucrarlos en nombre de su causa. Se produjo toda una guerra de

declaraciones públicas en los periódicos de Lima, de la capital del departamento y de la región, afirmando cada bando que protegía los derechos de los aborígenes. Hacia 1967 cuando con la Reforma Agraria de Belaunde se liquidó las compañías que se hicieron cargo de la concesión del Perené, los Asháninka y los Amuesha habían quedado reducidos a pequeñas islas dentro de una región que vivía de la producción de café y frutales y de la extracción forestal, y que se encontraba masivamente colonizada.

Epílogo

La aplicación de la Ley de Reforma Agraria de 1969 convirtió a la Colonia del Perené en una cooperativa, la Cooperativa Juan Velasco Alvarado sobre las áreas en permanente producción, es decir 8 haciendas en la margen izquierda del alto Perené. En ese mismo contexto se afectaron las principales haciendas del valle y poco después el gobierno de Velasco decretó el monopolio de la comercialización del café por parte de una empresa estatal. El grupo de poder local recibía con ello un duro golpe pues a partir de mediados de la década del setenta los precios sufrieron una notable alza debido a problemas con la producción del Brasil. Sin embargo, algunas de estas cooperativas atravesarían por graves problemas de organización y caídas de la productividad, notablemente aquellas pertenecientes a Lanfranco.

Una serie de otros cambios se produjeron durante esa misma década. En primer lugar, la apertura de la carretera Chanchamayo-Satipo a lo largo de la margen derecha incorporó con mucho dinamismo a una frontera que había permanecido relativamente desarticulada y abrió a la colonización las áreas intermedias. Esto trajo consigo no solamente una oleada de nuevas migraciones desde la sierra sino también la posibilidad de reacomodo de los poderes locales a través de las redes mercantiles y, poco después cuando se les restituyó la libre comercialización del café, la posibilidad de actuar de agentes financieros locales captando la producción de café que escapaba a la capacidad de las cooperativas de comercialización.

La población nativa seguía perdiendo sus derechos territoriales, haciéndose

se cada vez más dependiente del mercado, en tanto se involucraba más rápidamente en un patrón de clientelaje. Una parte significativa de la población empezaba a movilizarse hacia regiones con menor presión poblacional. Los esfuerzos de organización de la población Asháninka del Perené, alentados por el SINAMOS a principios de la década del setenta, no cuajaron propiamente y aunque por debajo de los radicales cambios que se habían instalado claramente pervivía una identidad étnica, no se lograron generar modelos organizativos que congregaran a la gente y permitieran formular estrategias alternativas.

La consolidación del área de colonización de Satipo no ha detenido el avance de mayores presiones sobre el territorio étnico de los Asháninka: la carretera ha abierto la puerta hacia sus regiones de refugio, el Ene y el Tambo, en un contexto de fuerte violencia generado por procesos extraregionales. Los esfuerzos de titulación realizados por el Programa Satipo-Chanchamayo no detienen ni alteran las tendencias y modelos de desarrollo regional, por el contrario, buscan consolidarlos. Las más recientes organizaciones Asháninka intentan crearse su propio espacio unas de manera independiente, otras al amparo de la oficialidad.

La suerte corrida por los Amuesha no ha sido muy distinta. El área del territorio étnico Amuesha que estuvo incluido en la Colonia del Perené es en la actualidad una zona de importante producción cafetalera y los núcleos Amuesha, titulados o no, no son una excepción. A pesar de la notoria privatización de tierras y la incipiente diferenciación social, estos núcleos mantienen sistemas de integración, incluyendo espacios para sus propias estrategias culturales de vida. Sin embargo, algunos de estos núcleos han quedado fuera de las dinámicas étnicas a un nivel más amplio y durante la década del setenta participaron muy marginalmente en los esfuerzos de organización del Congreso Amuesha, encontrándose incorporados a un eje productivo y comercial distinto; las carreteras, el mercado y las escuelas habían hecho lo suyo.

También esta población ubicada en un área de saturación poblacional y ba-

la relación hombre/tierra debió buscar nuevas tierras en el Palcazu. Pero esta zona de refugio tampoco ha escapado al avance colonizador. Con una colonización ganadera de principios de siglo la presión sobre el valle por parte de colonos había permanecido estacionaria; sin embargo, la construcción de un ramal de la carretera marginal y las expectativas creadas por el Proyecto Especial Pichis-Palcazu han incrementado la migración, restringiendo las posibilidades de ampliación de estas comunidades con una alta tasa de crecimiento poblacional y creando una nueva frontera forestal cuyo significado y efecto los Amuesha provenientes de las partes altas ya conocen en carne propia.

(1) Se han omitido las referencias bibliográficas de todos aquellos estudios históricos sobre la región, la Peruvian Corporation y las poblaciones nativas que han dado sustento a algunas de las afirmaciones. El estudio más sistemático sobre la Colonia del Perené es el de Manuel Manrique *La Peruvian Corporation en la Selva Central del Perú*, Doc. CIPA 3, 1982, que sin embargo se centra en los años '50 y concretamente en el problema de las invasiones. El trabajo de Manrique asume también que la presencia del capital inglés dio lugar a que "las formas empresariales de producción se (implantarán)... con cierta pureza y que ocasionó la desintegración de las comunidades nativas". Se afirma aquí que tal pureza de formas no se dio debido a un conjunto de condiciones y que las comunidades nativas en realidad nacieron como resultado de los procesos que la colonia ayudó a generar, y de los que a su vez ésta fue parte.

(2) En 1908 y 1928 se habían producido otros arreglos internos posponiendo el pago de beneficios, en ambas oportunidades en base a acuerdos con el Estado peruano para modificar los términos de los acuerdos originales.



Política oficial y realidad indígena: Conceptos Amuesha de integración social y territorialidad

Richard Ch. Smith*

Introducción

Actualmente la visión oficial de la organización social y territorialidad de los indígenas amazónicos asume que la población indígena está dividida en varios cientos de comunidades dispersas a través de la región. Esta visión ganó terreno con la Ley de Comunidades Nativas de 1974 y desde entonces se ha instalado en la opinión pública y en la Constitución de 1979. Aquellos que sostienen esta visión, reconocen que, dado que cada comunidad tiene origen en un grupo tribal particular, puede ser distinguida de otras por un conjunto peculiar de características etnolingüísticas. El territorio de una comunidad dada, definido como el área ocupada y utilizada por la población del asentamiento actual, es ratificado por la ley como propiedad comunal.

Esta visión ha sido desafiada por el gobierno de Belaúnde al sostener que el concepto de comunidad nativa es una imposición foránea con raíces que se remontan al régimen colonial español. Aquellos que afirman esto último reconocen la existencia de núcleos de población indígena con ciertas características etno-lingüísticas en común, a la vez que sostienen que la unidad básica de producción y consumo, y por ende aquella que define las relaciones de propiedad frente a la tierra, es la familia individual. La política social y de tierras oficial, argumentan por lo tanto, debería centrarse en la familia individual y no en la comunidad (1).

Este debate acerca de la orientación de la política indigenista oficial en el Perú no es producto de cambios políticos en las dos últimas décadas. Se vie-

ne produciendo durante siglos, desde que los españoles empezaron a consolidar su control político y económico sobre los pueblos del nuevo mundo. Los términos del debate —comunidad versus familia individual— han cambiado poco desde las reformas liberales introducidas por San Martín y Bolívar tras la independencia, en un intento de integrar a la población indígena al Estado-nación. Estas reformas desafiaron la política indigenista colonial orientada hacia la comunidad, al abolir la comunidad indígena como unidad corporativa con derechos sobre la tierra y distribuir como propiedad privada las tierras comunales entre sus miembros individuales (2).

Como resultado de una serie de levantamientos indígenas y presiones de movimientos pro-indígenas en las áreas urbanas, la comunidad de indígenas fue restituida en la Constitución de 1920 como foco institucional de la política indigenista del Estado. Más a pesar del mandato constitucional, el debate acerca de la orientación de la política indigenista de tierras ha continuado; con los cambios políticos a lo largo de las décadas posteriores, el énfasis de la política estatal ha oscilado entre un extremo y el otro. Sin embargo, a lo largo de todas las debacles políticas de la era republicana esta polémica no ha cambiado de manera fundamental.

En esta ocasión quiero plantear y discutir tres cuestiones: el punto hasta el cual estas posiciones dentro del debate oficial reflejan la realidad de la organización social, la etnicidad y la territorialidad; el efecto de una política basada bien sea en la comunidad local